

La dualidad de las capas medias, la apatía y la sustentabilidad socio-política en Chile⁶⁵

Ignacio Balbontín Arteaga

Ministerio Secretaría General de la Presidencia de la República

RESUMEN: Desde hace treinta y cinco años los quintiles intermedios de la estratificación social chilena se han incrementado considerablemente, generando cambios en nuestra cultura política. A partir de una investigación conjunta, este artículo explora el significado de la dualidad político-cultural que ha aparecido en las nuevas capas medias. Su crecimiento y el mejoramiento de las condiciones de vida las ha dividido en dos orientaciones contradictorias: unas dirigidas hacia el sector privado y las otras hacia el Estado que denominaremos “emergentes” y “tradicionales”. Las prácticas del primer sector, nacidas del neoliberalismo, han privilegiado los códigos del consumismo y del mercado. Las tradicionales, en cambio, formadas desde fines del siglo XIX junto a la denominada “clase obrera”, optaron por “estilos meritocráticos” institucionalizando pautas democráticas, articuladoras de compromisos socio-políticos de protección. Actualmente, las señales emergentes tienden a predominar, favorecidas por la contradicción de estilos y por el peso de la institucionalidad vigente. Su lógica instaurada desde la Constitución de 1980, bloquea las formas tradicionales, haciendo hegemónicas a las emergentes. La apatía socio-política actual, coincide con la aparición de estilos contrapuestos posiblemente relacionados con la desarticulación social. Esa dualidad, sumada a la obstaculización institucional hace pensar que la desarmonía puede favorecer el aislamiento del escenario político respecto de la sociedad, restándole sustentabilidad al sistema democrático.

65 Este artículo forma parte de la Investigación N°1060225 de FONDECYT dirigida por Emmanuelle Barozet (Universidad de Chile) y en la cual participaron como co-investigadores el autor de este artículo, Vicente Espinoza (IDEA, Universidad de Santiago) y María Luisa Méndez (Subsecretaría de Desarrollo Regional).

PALABRAS CLAVE: capas medias, cultura política, “tradicionales”, “emergentes”, articulación social, dualidad, institucionalidad, ideario, prácticas, participación, democracia, gobernabilidad, sustentabilidad.

ABSTRACT: Chile’s three intermediate socio-economic stratification quintiles have considerably grown in the last thirty five years, causing significant change in our political culture. Based on a joint research, this paper explores the meaning and importance of this political and cultural duality that emerged within the new middle-class segment. We found that its enlargement, together with their improved life conditions, created two opposing group-tendencies; one that is directed towards the State apparatus, and one, geared towards the private sector, whose patterns we will call: “emergent” and “traditional”. Molded by neoliberal system, the practices of the former group prefer the codes of a consumer and market-based society. The “traditional” latter group, (forged since the XIX century along with the so-called working class), has opted; for “meritocratic style” institutionalizing democratic guidelines, protecting standards that generated socio-political commitment. Currently “emergent” tendencies predominate over “traditional” benefiting from the inherent styl contradictions, as well as the burden of applied institutionalization. Installed by Chile’s 1980 Constitution, its logic now blocks the development of “traditional” forms, making the “emerging” trend hegemonic. Present socio-political apathy seems to coincide with the arrival of these two contrasting styles within middle classes and can be associated to broader social disarticulation. Further, it is possible that this same duality combined with the institutional obstruction, could isolate the political sphere from society, thus subtracting the sheer sustainability of the democratic system.

KEY WORDS: middle strata, political culture, “traditional”, “emergent”, social articulation, duality, institutionalization, body of principles, practices, participation, democracy, governability, sustainability.

Los problemas mediocráticos

Desde 1990 las capas medias chilenas han crecido, su contingente se ha tornado heterogéneo y su cultura cívica se ha dividido en dos referentes primordiales. Nos interesa indagar el sentido que cobra esa dualidad cultural para comprender sus consecuencias políticas.

Coincidentemente, observamos la declinación de aquella forma de participación social orientada al Estado, alimentadora de la actividad política. Ella podría surgir de las contradicciones existentes en la cultura cívica de las capas medias, que estarían afectando la sustentabilidad democrática, ya que dicho sistema requiere de retroalimentación para funcionar.

La presente pasividad social se manifiesta al comparar la dinámica organizacional actual con aquella de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX. Constatamos un declive en la actividad de las organizaciones, por medio de las cuales se expresan las demandas sociales junto a su menor impacto en el diseño de las políticas públicas y sus instituciones.

Al investigar ocho grupos focales, nos impactó la versión de uno constituido sólo por diputados de distritos mediocráticos. La opinión, vertida tanto por los de gobierno como de oposición⁶⁶ fue que dentro de esos sectores había surgido una suerte de “incivismo” manifiesto en los estilos de vida del sector llamado “emergente”. Nos pareció importante observar la significación de las prácticas de ambos sectores medios y su posible efecto sobre el desapego político.

En las últimas tres décadas han surgido nuevas formas de asociatividad que parecen contradecir este aludido vacío participativo. Sin embargo, esa orgánica de servicios sociales, entidades no gubernamentales y voluntariados sin fines de lucro en conjunto, tiene una orientación apolítica y aun poca influencia. Hasta hace cuatro años, sólo alcanzaban a cubrir cerca de 300.000 empleos (Irrarázaval y Salamon, 2005).

Por su parte, las organizaciones sociales llamadas tradicionales hoy muestran un debilitamiento cuantitativo y cualitativo, dificultando su gravitación en el desarrollo del país. Esto se expresa en ámbitos tales como la escasa actividad de las organizaciones vecinales y comunitarias (Valdivieso et. al, 2005), la decreciente tasa de sindicalización, desde cerca del 30% en los años 70 a una menor al 13% en la actualidad⁶⁷ y el congelamiento del nivel de inscripción en los registros electorales, casi fijo desde hace tres décadas en torno a los 8.000.000, en circunstancias que el potencial ciudadano mayor de 18 años el año pasado de elecciones municipales, fue de alrededor de 12.000.000⁶⁸.

Paralelamente, esta apatía orgánica coincide con la aparición de hechos sociales “golpeadores” y contradictorios: la llamada “revolución de los pingüinos” en el sistema educacional, las reivindicaciones de los trabajadores subcontratados y temporeros en el ámbito productivo, los gestos masivos de rechazo al Transantiago en el transporte urbano, las movilizaciones hospitalarias en salud, las manifestaciones violentas de

66 En el marco de este proyecto de investigación se realizaron 8 grupos focales en Santiago, Angol y La Serena, con el fin de identificar los códigos y las prácticas asociadas a las capas medias. El cuarto focus de Diputados/ as en ejercicio, correspondientes a distritos predominantemente mediocráticos, se realizó en el Congreso Nacional en Valparaíso el 18 de octubre de 2006.

67 INE y Dirección del Trabajo e INE, 2007

68 Servicio Electoral, INE, Estimaciones y Proyecciones de Población, 2007

algunos sectores del pueblo mapuche⁶⁹, los pescadores artesanales, en fin, varios más. Sin embargo, muchos de esos comportamientos colectivos importantes son destacados pero a su vez descalificados por los medios de comunicación masiva, adoptando un rol de “jurados”, significándolos como transgresores. Al tener alguna contaminación con formas violentas, no los informan como conflictos “normales”. Parecen no merecer ser asumidos, procesados y resueltos, sino como perturbadores de la convivencia democrática. Así, impactan negativamente sobre las subjetividades generando contradicciones, permaneciendo en el inconciente colectivo sin reconocimiento cultural. Esas movilizaciones no logran convertirse en una herramienta válida de intercambio socio-político, dificultando su validación democrática. Parece que algo “obstructor” se perfila en el trasfondo, impidiendo el procesamiento democrático.

La complejidad y espontaneidad de estas manifestaciones, parecen combinarse con el surgimiento en las capas medias de dos formas culturales y prácticas contradictorias: “la tradicional” y “la emergente”. Por su ubicación estructural en el “entrepiso” social, pareció interesante explorar el significado de esta dualidad cultural aparecida, y observar si podría dar cuenta de la distancia creciente entre el mundo político y el social. La escasez de redes operativas y la carencia de señales significativas de reconocimiento social, prolongadas por largo tiempo, podrían afectar la articulación, funcionamiento y la sustentabilidad del sistema democrático. Precisamente, la dualidad podría ahora estar cumpliendo una función apática en vez de ensambladora. Para analizar este problema, centraremos nuestra atención en los cambios producidos en la cultura política, las orientaciones simbólicas de ambos sectores medios en los estilos de vida y prácticas, observando, además, el significado del bloqueo normativo impuesto por la institucionalidad vigente hacia el sector tradicional y el mundo popular.

Desde fines del siglo XIX y durante casi todo el siglo XX, las capas medias chilenas sirvieron democráticamente como articulador socio-político relativamente coherente. A diferencia de muchos casos en Latinoamérica, jugaron un rol funcional para el desarrollo democrático. Por eso, resulta significativo analizar su cambio que puede traducirse en “anestesia participativa” producto de su división cultural. Para analizar ese cambio de orientación, nos situaremos hipotéticamente al interior del sector intermedio, observando a través de los focus la subjetividad de los intercambios simbólicos entre lo social y lo político.

69 No consideramos conductas antisociales de violencia criminal o tráfico de drogas como apáticas.

Hasta la década de los '60, las señales de reconocimiento mesocrático sirvieron como eslabones de conexión político cultural, favoreciendo el intercambio socio-político democrático. Sus códigos dieron consistencia inicial a la construcción de un Estado protector, generador de garantías personales y responsabilizador de autoridades, bajo "signo meritocrático". Sin desconocer el papel vital que tuvieron los sectores obreros y populares, las capas medias adquirieron, política y culturalmente, la condición de agentes privilegiados para la institucionalización de reivindicaciones sociales. Su proceso de evolución histórica simbólica favoreció la convergencia de fuerzas, orientando al país hacia la modernidad democrática y social, superando las estructuras de una sociedad conservadora.

Dentro de aquella coyuntura, este conjunto articulador de significados no fue comprendido a tiempo. Importantes sectores de la izquierda política, en las décadas de los '60 y '70 cuestionaron esta visión, reprochándoles su tarea integradora calificándola de "favorecedora de los trabajadores de cuello y corbata", en perjuicio de los intereses populares. Este prejuicio, impidió la consolidación de una coalición política y la convergencia manifiesta entre ambos. Colocadas en esa difícil posición de intermediarias de las contradicciones sociales, fueron acusadas de traición por unos y de oportunismo por otros. Estos últimos, conservadores con grandes patrimonios, fueron los mismos que en el siglo anterior las habían discriminado bajo el motejo de "siúticas", considerándolas imitadoras de sus estilos, en circunstancias que ellos mismos copiaban las modas burguesas europeas. A pesar de todo, la mesocracia y los sectores populares lograron articular una especie de pacto socio-cultural latente, a través de un caudal simbólico proveniente de las redes sociales integradoras, de las asociaciones gremiales de comerciantes medianos y pequeños, transportistas, federaciones estudiantiles, colegios profesionales y organizaciones sindicales. Con estos vínculos y pactos, se construyó una trama cultural que fue consagrada mediante formas orgánicas y logros institucionales. Este conjunto cultural colaboró con la sustentación social de la democracia hasta 1973, la que fue gravemente dañada por el golpe de Estado y la "revolución" autócrata posterior (Huneus, 2000). Esa es la base cultural que se ha preservado, expresándose desde 1988 en la mayoría social y política denominada Concertación.

Intentaremos un análisis hipotético con el fin de comprender el giro cualitativo producido detrás de la dualidad esbozada, junto a sus contradicciones socio-políticas y paradojas. Veremos el actual rol que cumple el segmento intermedio. ¿Cuáles son los efectos sociales y políticos de su división y los de su influjo en el conjunto de la sociedad? Partimos de tres antecedentes destacables:

1. Las capas medias, en conjunto, han crecido por la adscripción de otros grupos hacia sus estilos de vida⁷⁰, debido al mejoramiento de las condiciones de vida experimentadas por Chile en las últimas dos décadas. Esto las ha hecho adquirir importancia y poder político debido a la “valorización” de su eventual peso electoral.
2. La dualidad entre los sectores medios tradicional y emergente, producida a partir de los años ‘80, es acompañada de una disminución de la participación social y política.
3. Las instituciones de la democracia chilena no captan muchas demandas importantes provenientes de estos sectores y de los populares. Con el paso del tiempo, esto genera frustración y apatía, afectando la validez y la legitimidad institucional democrática.

Significado de la dualidad cultural mesocrática

Históricamente, entre los años 1925 y 1973, el sector medio de la sociedad chilena, casi como un todo, construyó un referente político cultural de compromiso, con sello cívico-meritocrático que penetró tres espacios: el ideario, cierta institucionalidad política y un conjunto de pautas conductuales concordadas a través de organizaciones y redes sociales. Esas claves simbólicas fueron consagradas en la Constitución Política de 1925, haciendo que lo que fueron meras demandas sociales fuesen reconocidas culturalmente como un orden jurídico. Se impregnaron como mecanismo cívico-cultural, a través de los procesos de socialización, adquiriendo prestigio y convirtiéndose en un instrumento válido de integración con sentido valórico universal. Dichos símbolos, intercambiados gradualmente, adquirieron valor cívico legitimador ligando lo social con lo político, en un código compartido de conductas. Este patrimonio cultural generó convocatoria política desarrollando una fuerza mayoritaria, articuladora y mesocrática, centralizadora. Con esa fuerza centrípeta, se construyó una suerte de “Estado de compromiso social”, que consagró un diseño culturalmente abierto al cambio, gradualmente pactado entre sectores medios y populares. Un “código simbólico” concordado a través de una red de partidos políticos, organizaciones sociales y entidades validadas institucionalmente, sin reconocer barreras formales insuperables.

Dicho entramado cumplió el rol de recoger las demandas sociales medias y populares, articulándolas en proyectos y programas políticos que

70 En estudios recientes señalan que cerca del 80% de los chilenos y chilenas se identifican con la clase media (Torche y Wormald, 2004).

luego se plasmarían normativamente. Se constituyó así en un conjunto de prácticas “confiables”, que dieron sentido político inclusivo y cohesivo al reconocimiento social de sello meritocrático, institucionalizándolo por sobre intereses económicos. Se fue imponiendo como fuerza social legitimadora de garantías jurídicas, derechos sociales y responsabilidades políticas, acuñando un “estilo de vida” de servicio cívico. Muchos terminaron apodándolo como el “legalismo chileno”. Este esquema conductual quedó arraigado en las diversas organizaciones sociales de carácter estudiantil, sindical, gremial o vecinal, llegando incluso a penetrar al interior de las familias. Este es el entramado cultural que actualmente experimenta división, generando involución apática.

Los focus revelan que el estilo “tradicional” persiste, marcado por el prisma cívico mediocrático. Mantiene un sentido de la vida forjado en perfiles identitarios, construidos por intercambios cotidianos, cara a cara, vivencias personales familiares y “compadrazgos” organizacionales surgidos tanto en el poblado rural, como en el barrio o vecindario. Ese estilo habla de una suerte de “cultura cívica comunitaria”, forjada informalmente en la socialización familiar y orgánica, donde se integran con naturalidad, ideas políticas y sociales. Un sentido de servicio socio-político subjetivo, marcado por el “honor civil”. Una mezcla entre dignidad personal, familiar y grupal, creadora de lealtades compartidas entre amigos y círculos sociales. Reivindica un pasado personalizado donde la magnitud del acervo material acumulado no llega a importar tanto como el hecho que haya sido logrado mediante el esfuerzo reconocido por pares, en una vida compartida⁷¹. Al parecer, dicha señalética se construyó gradualmente por apropiación pausada dentro de una agenda socio-política organizacional tras mayores niveles educacionales, ocupacionales y de ingresos, la que al final terminó involucrando a todo el segmento medio. Esa trama interpersonal adquirió tinte mediocrático y popular, perfilando un conjunto de reglas de acreditación organizacionales válidas para las personas y las instituciones. Esos criterios se ordenaron con relativa jerarquía de rangos y méritos, aquilatables en señales de confianza y reconocimiento. Muchas luego fueron inscritas como políticas públicas. Ejemplo especialmente citado fue la ampliación de la educación sistemática, hasta llegar a la cobertura universal. Fue considerada una herramienta paradigmática, democráticamente multiplicadora para la formación cultural mesocrática. En esa misma línea, se reprodujeron muchas normas y pautas correspondientes a la garantización progresiva de la salud pública, del trabajo organizado, la seguridad social, el transporte,

71 Análisis comparativo de los estilos de vida especialmente del primer al cuarto focus 2006.

la vivienda social, la justicia, en fin, las principales instituciones sociales articuladas históricamente⁷².

La red intermedia, junto con los partidos políticos y las políticas sociales, sirvieron de articulación. Como escuela ciudadana “consagró” un patrimonio simbólico que fue traspasado por varias generaciones. Conformó una “cultura cívica” arraigada progresivamente que llegó a caracterizar la vida cotidiana. Una regla de comportamiento típica sindicada como “el formalismo chileno”. Esto mismo traspasó fronteras político-ideológicas. Socialmente, hay referencias focales que sitúan este tipo de intercambio desde la niñez, en el poblado, la escuela, colegio o liceo, consolidándose luego en las universidades, el trabajo o en los diferentes centros u organizaciones estudiantiles, sindicales, culturales, vecinales y varias más. Llegó a ser un código de prácticas que ligó férreamente el esfuerzo personal con el progreso familiar y colectivo. Consagró una dinámica que al parecer adquirió tintes socio-políticos como fuente de prestigio⁷³, logrando centralidad y hegemonía para la política. Los focus nos revelaron que esta especie de “amistad cívica” fue retenida por el sector tradicional, pero se contrapone actualmente al “apoliticismo emergente” inspirado en el autoritarismo neoliberal.

Desde antes y durante los años del autoritarismo, el sector tradicional desarrolló una suerte de lenguaje propio compuesto con términos característicos a los que dió connotaciones semánticas de reconocimiento, tales como: “familia”, “comunidad”, “barrio”, “compañeros”, “camaradas”, “correligionarios”, “colegas”, “vecinos”, “amigos”, “compadres” y muchos otros más. Dicho código lingüístico cumplió la función de intercambio de confianzas y solidaridades aún bajo circunstancias de hostigamiento, prolongándose más allá del autoritarismo, llegando a hacer de puente para un acuerdo nacional entre fuerzas ideológicamente heterogéneas. Al final, esos entendimientos plasmaron políticamente en la “Concertación para la Democracia”. Al parecer, dicho lenguaje común sirvió de base confiable para concebir una propuesta estratégica alternativa respecto de la vía autoritaria neoliberal impuesta desde el Estado. Se diferenció también de otras propiciatorias de la violencia, surgidas de otros grupos de oposición de antaño. Pudo servir de factor aglutinante, acumulando un caudal político mayoritario que luego sería utilizado en el decisivo Plebiscito de 1988. Esa forma de “amistad cívica”, fue la que logró ser tan fuerte que sobrepasó el miedo y la represión impuestos entre 1973 y 1990. Ese sello se mantuvo tanto en el sector social medio tradicional, como en los partidos de centro izquierda, sirviendo de base hasta ahora, para la actual

72 Síntesis de relatos de diversos focus 2006.

73 Primeros focus entre agosto y octubre de 2006.

mayoría política gobernante. Este aún puede sostenerse si logra sortear las nuevas dificultades provenientes de la crisis política y económica de la actual coyuntura histórica. Con renovación programática y cambios de garantías sociales e institucionales, puede aún seguir sirviendo como articulador entre la política, la sociedad y los mercados, por sobre juegos mediáticos circunstanciales.

Paradojalmente aún representando la mayoría, el entramado cultural tradicional no logra hacerse jurídicamente hegemónico consagrándose en la Constitución vigente. Por el contrario, se impone el orden económico institucional neoliberal, apoyado en la dualidad mediocrática y en la inoculación ideológica institucionalizada. Ambos procesos restan fuerza, generan división y dispersión, en vez de aglutinamiento. Los actores mediocráticos se confrontan entre sí en el escenario de las prácticas cotidianas. Los tradicionales perciben cotidianamente el privilegio y la institucionalización de las señales emergentes, captándolas como obstructivas y discriminatorias para ellos, experimentando frustración. Los emergentes gozan sus ventajas. El marco jurídico prevaleciente hace de barrera no sólo objetiva, sino también subjetiva “gatillando” conflictos y contradicciones. El sector tradicional pierde la paciencia debido a la desautorización ideológica institucional largamente sufrida. Junto a esto, casi tres generaciones medias carecen de socialización cívica debilitando su participación integradora. Los conflictos de estilo y el peso de la legalidad prevaleciente, bloquean los intercambios entre los sectores mediocráticos y los contactos de los tradicionales con los populares. Las demandas sociales son rechazadas como si se tratase de transgresiones al orden, mientras las prácticas mercantiles logran ventajas concretas. Ambos sectores se marginan al no haber cauces institucionales integradores válidos.

Por su lado, el sector emergente se desvincula de la política optando por sus propios medios de poder, prefiriendo sus nexos y códigos de mercado. Este conjunto contradictorio, ha hecho que en los últimos años, los temas claves de las políticas sociales ya no penetren fácilmente las redes y organizaciones socio-políticas. Esos escenarios desautorizan la deliberación socio-política, dejando de resolver los conflictos a través de las instituciones representativas. El debate, alternativamente, tiende a llevarse a cabo en círculos cerrados de negocios o en comisiones “técnicas”, “privatizándose”. El uso creciente de medios masivos simplifica los mensajes, trastocándolos y particularizándolos, haciéndolos poco inclusivos y transparentes, debilitando así la fuerza de garantías institucionalmente compartidas. La desconexión sensitiva entre las instituciones políticas y las organizaciones sociales incrementa el clima

de desconfianza. El privilegio otorgado a la comunicación masiva mercantilizada, profundiza el deterioro de garantías intercambiadas entre las instituciones políticas y la base social. El debate y la deliberación de fondo sólo se hacen notorios en períodos electorarios. Como los canales pierden sensibilidad y contenido, la marginación política pasa a ser creciente.

Las políticas sociales pierden respaldo compartido y representatividad. El reconocimiento, que antes era otorgado dentro de los espacios socio-políticos, ahora desaparece debido a la desarticulación entre las capas medias tradicionales y los sectores populares. Los postulados de las organizaciones sociales son obstaculizados y descalificados debido a las deficiencias en los conductos de intercambio, dando la sensación de inequidad, exclusión o discriminación. Se percibe segregación, traducida en alejamiento apático respecto de los espacios de influencia socio-política (LAPOP, 2008). Esto ha aumentado en los últimos veinte años. La institucionalidad social se percibe en muchos casos como ineficiente, debido al estancamiento participativo y a la incapacidad para controlar las prácticas de intercambio correspondientes. Al parecer, el bloqueo diseñado mediante incompatibilidades y castigos en la Constitución Política de 1980 y sus leyes orgánicas complementarias, está produciendo incomunicación socio-política. Las enmiendas al texto vigente, a pesar de las múltiples reformas y del cambio simbólico de la firma presidencial, no bastan para legitimarla⁷⁴. La actual paradoja, expresada en los focus, se explica en el hecho que la cultura emergente impuesta dictatorialmente crece en democracia, más velozmente que en el pasado autoritario. Su enclavamiento y predominio ideológico institucional aprovechan el auge económico del período democrático. El crecimiento ha sido más del doble de aquél experimentado en el período de facto, pero la democracia no ha logrado una sustentación representativa sólida. Últimamente, la crisis global está “destapando” esta contradicción cultural subyacente.

Consecuente con su origen e inspiración neoliberal, el sector emergente mantiene una identidad egocéntrica-individualista, que aplica criterios financiero-mercantiles en todos los planos de la vida y en todas las dimensiones culturales. Su expansión sofocante, aprovechando la multiplicación mediante imágenes mediáticas, al parecer se ha nutrido por adscripción y movilidad social. Crece agregándose contingentes desde sectores medios, bajos populares y migraciones. Los focus indican que tiene promedios de edad menores que aquel del sector tradicional y manifiesta carencia de cultura cívica, tanto por su supresión de la

74 Constitución Política de la República de Chile, Art N° 19 numerales 15 y 19 del Art. 23.

enseñanza sistemática, como por la desaparición socializadora de las redes sociales, por un lapso de treinta años sin pleno reestablecimiento.

El estilo emergente se nutre más bien del afán de lucro y la “adrenalina” del riesgo, buscando una rentabilidad empresarial privada alta y cortoplacista, empleando los atractivos de la publicidad masiva mercantil y del consumismo. Las empresas privadas pasan a ser el principal “motor” de la economía y “oráculo” social. Así, el eje del poder se desplaza desde la centralidad político-social hacia la del mercado. Sus símbolos neurálgicos y objetivos mayores: la protección de la propiedad individual, el consumo masivo, la acumulación patrimonial de bienes materiales como poder tangible. Su racionalidad persigue, especialmente, el control de los capitales financieros y de aquel de los servicios placenteros en desmedro de confianzas interpersonales complejas. Su impulso individualista se hace invasor y avasallante, buscando implantar sus pautas en todos los terrenos y aprovechar las ventajas y oportunidades de una competencia sin límites. El riesgo empresarial se toma sin compromiso jurídico empleando el manejo financiero y especulativo de una información ventajosa. Así, sus instrumentos predilectos pasan a ser las “movidas de valores financieros” y la administración de bienes ajenos, sin responsabilización mandatada. El estilo emprendedor muchas veces conduce a tener poca contemplación por el entorno natural o la red social circundante. El “consumismo” lo impulsa, naturalmente, al sobreendeudamiento. Su hedonismo a la trasgresión fácil de compromisos personales. Su valoración codificada según un sistema de premios y castigos materiales se somete a pautas monetarias de competitividad comparativa altamente sensibles a las oportunidades del mercadeo por sobre los costos humanos involucrados. Su lenguaje cotidiano se hace operativo, simplificándose en frases breves y términos “desechables”, según la moda o la coyuntura dominante. Sus “identificaciones” pasan a ser con “las marcas de fábrica”, siguiendo la publicidad masiva, extrayendo estilos y formas de vestir “farandulescas”. Sus lugares de esparcimiento del gran comercio, las vacaciones en paquetes, los viajes “all inclusive”, los vehículos ostentosos y el barrio residencial ad-hoc promocionado como “exclusivo”. Replica “los gustos” de los sectores de más altos ingresos, mostrando signos “aspiracionales” adoptados en circuitos considerados “modernos” malls, shoppings, choperías, supermercados y eventos masivos, emulando comportamientos al parecer “cosmopolitas”⁷⁵.

Estos sectores emergentes son simbólicamente atraídos por el azar de los mercados, los bancos y las bolsas de inversiones financieras de

75 Primero, (10/08/2006), Cuarto (18/10/2006) Cámara de Diputados y Octavo (23/11/2006) focus de Santiago.

altos caudales, de modo de capitalizar especulativamente, desechando la creatividad o la iniciativa productora. Su ambientación natural se orienta de “modo taquillero”, sustituyendo fácilmente las comidas hogareñas, los asados familiares y los encuentros vecinales, por aquellos eventos masivos e impersonales de “celebraciones ad-hoc”. Así, su código de comportamiento es “capturado por lo mediático-comunicacional”, optando por la gestualidad indicada en “reality shows”⁷⁶. Desplaza su hábitat hacia las comunas sindicadas como “emergentes” a través de todo Chile, escogiendo dentro de ellas los sectores descritos por folletos “inmobiliarios”. Su locación se identifica fácilmente por la apariencia arquitectónica en serie, simulando un mayor prestigio económico-social del realmente poseído. Al asumir responsabilidad social, desecha la incorporación permanente a organizaciones sociales, prefiriendo “figurar” mediante donaciones en dinero de colectas, bingos, teletones u otras formas semejantes⁷⁷.

En los focus, los dos grupos se descalificaron mutuamente haciendo manifiesta su contradicción cívico-cultural. Los tradicionales se refirieron a los emergentes como “los otros”, “aparecidos”, “consumistas”, “adictamente endeudados”, “trepadores sociales” y “flaites”. Los emergentes respondieron con tratamientos de “gansos”, “politiqueros”, “lentos” y “pituteros”. La brecha entre ambos resaltó en sus opiniones acerca de la “participación política-social”⁷⁸, y lo concerniente al poder y la ciudadanía. Los emergentes escogieron ubicarse de modo de usar sus ventajas empleando los enclaves mercantiles, evitando explicitar sus preferencias políticas y negando su adscripción a partidos o alianzas, declarándose “apolíticos” y desvinculándose de las actividades sociales organizadas. Se pronunciaron por no inscribirse en los Registros o abstenerse electoralmente, anulando el voto o votando en blanco. Los tradicionales, por el contrario, manifestaron su disposición favorable a la organización social y al ejercicio del derecho a sufragio. Hicieron, sin embargo, presente su frustración derivada de experiencias participativas deficientes. También declararon una creciente desvinculación socio-política respecto de partidos o alianzas. Su orientación “cívica” meritocrática y orgánica, los impulsa a buscar garantías y derechos mediante reconocimientos sociales pero al no lograrlos, se restan, dejando entrever el creciente desdén político.

76 Segundo (07/09/2006), tercero (28/09/2006), quinto (20/10/2006) y sexto focus (27/10/2006, Comunas de Santiago, Angol y La Serena.

77 Séptimo (22/11/2006) y octavo focus (23/11/2006) comunas de Santiago, La Florida y Maipú.

78 Términos empleados en diversos grupos focales y observaciones adicionales del autor, 2006 y 2008

Al contrario, el contingente emergente descalificó las antiguas formas escogiendo “empoderarse” mediante la acumulación patrimonial, marginándose socio-políticamente. Esta actitud, sumada el alejamiento frustrado del sector tradicional podría estar favoreciendo la actual diáspora social y política que rompe los antiguos moldes históricos. Los focus visibilizaron así el escenario dual⁷⁹, los estilos culturales contradictorios y la neutralización mutua, favorecedora del ambiente apático.

Efectos de la institucionalidad en la apatía

El análisis que antecede fue parcialmente publicado en Asuntos Públicos⁸⁰, refiriéndose a la pugna ideológica destinada a captar a las capas medias. Ahora, apuntaremos hacia las consecuencias apáticas que tiene la ruptura de su antiguo rol articulador. La dualidad neutralizadora de los estilos, sumada al peso inhibitorio de la institucionalidad neoliberal, al parecer obstaculiza la participación y al pasar el tiempo, terminan imponiendo la forma de ser emergente. Paradójicamente, una racionalidad neoliberal minoritaria impuesta durante el autoritarismo predomina validada en democracia. Cual barrera discriminadora, la normativa castiga las formas sociales de los sectores tradicionales y populares, premiando simbólicamente las formas emergentes según los principios del “Estado Subsidiario” (Muñoz Gomá, 1995). La juridicidad comprometida penetra subjetivamente tanto en la sociedad como en el escenario político de los partidos, sembrando desconfianza y aislando a la élite política. Esto favorece el desplazamiento de las decisiones hacia los criterios mercantiles.

Esta contienda cultural coincide con el propósito político, proveniente tanto desde la derecha como desde la izquierda parlamentaria y extraparlamentaria, de cooptar al conjunto del electorado medio y al centro político con el fin de alcanzar imagen democrática y mayoría. La estrategia persigue copar el espacio legitimador democrático, junto a la función articuladora entre la sociedad y la política. Sin embargo, al no lograrse el objetivo, el embrujo integrador desaparece. Anteriormente, la simbología de carácter cívico-meritocrática abarcaba al conjunto de las capas medias y a sus partidos emblemáticos: Radical Social-Demócrata y Demócrata Cristiano. Ahora, la dualidad quiebra el “talisman” haciendo

79 Primer focus group, Santiago (10 /08/ 2006) y Cuarto focus Cámara de Diputados (18/10/ 2006).

80 <http://www.asuntospublicos.org/descargaPDF.php?id=3960url=605.pdf> y til de <http://www.asuntospublicos.org/descargaPDF.php?id=3977url=606.pdf>, 2006

desaparecer la articulación subjetiva. El intento de todos de virar hacia el centro del espectro político, pierde sentido al carecer de las garantías válidas y reconocidas. El artilugio provoca un clima de falsas expectativas e inseguridades de intercambio, generando dispersión y diáspora al provocar el decrecimiento en la capacidad de convocatoria. Al disminuir la participación política-institucional del sector medio tradicional y parte del popular, paralelamente con la emergente, más interesada por los poderes mercantiles, se acaba el atractivo en el sistema político. Esto ha sido notorio al medio de los períodos de gobierno concertacionistas, pues en todas las encuestas de opinión, más del 50% de los individuos interrogados dejan de identificarse con partidos y coaliciones. El centro político pierde su imagen democrática incluyente, al dejar de cumplir su rol centrípeta. La presión ideológica mercantil institucionalizada y el reemplazo de lealtades orgánicas tradicionales por aquellas del lenguaje mediático también mercantilizado, se adicionan para generar desarticulación y vacío participativo. El valor de las redes orgánicas tradicionales se sustituye por la mecánica de la comunicación masiva ideológicamente comprometida. El desapego se produce por falta de garantías plausibles.

Al parecer, los estilos emergentes también entran a “ocupar” los escenarios internos partidistas, desplazando a las formas de “hacer política” tradicionales. Las “negociaciones emergentes” sustituyen los intercambios de lealtades tradicionales produciendo descrédito, al sumir la actividad en un mar de dudas y suspicacias individualistas. La dinámica mercantilista invade los escenarios políticos internos, anulando las solidaridades ideológicas y entabando el funcionamiento político. Muchos pasan a descalificar la subjetividad tradicional tachándola de “clientelar”, sin reparar que su sustitución por la lógica neoliberal de Friedman, Von Hayek, Becker y otros es la que destruye las confianzas políticas, al aplicarse universalmente. El escenario “colonizado” provoca inseguridad. Los efectos de muchas transgresiones operativas impuestas por la racionalidad emergente son atribuidos al “clientelismo”, sin reparar que las negociaciones son hechas al estilo comercial. Al ocurrir algunos casos de corrupción en ámbitos de la administración pública, “los intelectuales orgánicos emergentes” culpan al “clientelismo”, sin considerar que en las conductas irregulares se utilizan “instrumentos” mercantiles. Se alude a la “ideología de la corrupción”, pero muchos “padrinos” actúan marcados por las modalidades emergentes.

Se pierde la capacidad de ensamblaje y de nucleamiento del centro político mediocrático, radicada en la subjetividad meritocrática garantizadora. Ésta asignaba atributos de confianza y compromiso

compartidos, “marcándolos” con aquella simbología e “invistiéndolos” con virtudes culturales: condición cívica democrática, capacidad de arbitraje, gradualidad y ponderación. Estos eran “merecedores” de confianza, permitiéndoles concordar pactos válidos propios de un Estado de Derecho. Ahora, la condición mesocrática anhelada por todo el espectro político, pierde la magia merecedora de la confianza, sin madurar otra equivalente. Este incordio cultural produce confusión, desvaneciendo la credibilidad democrática. Las “señales mercantilistas utilitarias” le cambian el sentido al intercambio político-social, tornándolo sospechoso, heterogéneo y dispersándolo. Frustradas, las capas medias tradicionales se retiran de las actividades políticas, mientras los emergentes “escogen” el mercadeo como herramienta de predominio. Ambos sectores terminan restándose.

El beneficio individual como práctica emergente, produce diferenciación y dispersión social. Genera barreras discriminadoras que le restan sustentación al sistema político que requiere presencia garantizadora y atributos organizacionales confiables. Desaparecen las articulaciones confiables de las demandas y propuestas sociales alimentadoras de la relación entre la sociedad civil y la política. La función conectiva pierde sentido, restándosele representación y legitimidad al sistema y aislando al escenario político institucionalizado. Como reacción, algunos sectores populares excluidos actúan extrasistémicamente. De este modo, la participación socio-política pierde “centralidad”, siendo reemplazada por mercados devaluados democráticamente⁸¹ (LAPOP, 2008).

A mayor abundamiento, al asumir el poder institucional la autoridad política mayoritaria se ve envuelta por la racionalidad neoliberal monetarista, identificándose con ella. Eso le resta credibilidad provocándole barreras de incomunicación hacia la base social. Los flujos garantizados se cortan, dando la impresión de insensibilidad social. Disminuyen los atributos de legitimidad, asignados al comienzo del ciclo histórico post dictatorial. La capacidad de convocatoria inicial de la mayoría se va desgastando, al perder sintonías y sensibilidades. La base social toma distancia respecto del “círculo político”, desconociendo su representación. Le quita validez a la autoridad y a las normas, percibiéndolas como ajenas e ineficaces. El círculo político pierde respaldo electoral y partidario, y se desgastan los antiguos liderazgos institucionalizados. Esto hace que la dirigencia de las organizaciones sociales y políticas originalmente articuladoras tiendan a dispersarse, buscando representaciones alternativas. Al desvirtuarse el

81 Satisfacción con la democracia como forma de gobierno. Chile baja seis puntos, en relación con los otros 22 países encuestados, situándose en el lugar 14, habiendo figurado largo tiempo en los primeros lugares hasta 1973.

rol intermediador de los partidos mediocráticos, sus organizaciones se pulverizan. Su papel de ensamblaje incluyente e inclusivo, agregador de intereses y formulador de propuestas y proyectos, se diluye. Esos espacios de liderazgo político son ocupados por caudillos individualistas o populistas portadores de actitudes y conductas competitivas disgregantes, propias de los mercados. Las relaciones socio-políticas se tornan centrífugas. Ese proceso termina restando voluntad colectiva y mística a las entidades políticamente mayoritarias, integradoras y democráticas.

Actualmente, pareciera que en el debate académico hay una especial disposición a ligar mecánicamente crecimiento económico con estabilidad democrática, creyendo que sólo con lo primero, se fortalece la consociatividad y “la gobernabilidad”. Ese razonamiento no pondera la fuerza de las subjetividades ya descritas, en cuanto sustentabilidad. Se le niega a la participación su trascendencia “contenedora”. El neoliberalismo supone, por el contrario, que los sectores emergentes “naturalmente” están dispuestos a asumir un rol paralelo como agentes del crecimiento y democratización de la sociedad. Eso podría funcionar si éstos tuviesen esa predisposición a participar e interrelacionarse activamente en los escenarios socio-políticos, pero como hemos visto sucede lo contrario. Las formas mercantilistas no son, de por sí, integradoras. Por el contrario, pueden generar desvinculación subjetiva. Los actores pueden optar por conductas exclusivamente impersonales, descapitalizando las redes socio-políticas sustituyendo garantías. Dada la concentración económica chilena, los actores pueden preferir sus ventajas al poseer información financiera privilegiada, desechando actividades productivas. Los juegos riesgosos y el consumismo pueden imponerse, disminuyendo la productividad y competitividad. Las expectativas aspiracionales pueden inducir conductas de sobreendeudamiento e inflación. En los mercados bursátiles, la temeridad sin regulación puede provocar “burbujas” y originar grandes crisis. Quienes unen mecánicamente crecimiento económico, democracia y libre mercado, esperanzados en el desempeño participativo de los agentes emergentes, olvidan estas y otras dificultades. Las “ventajas” dadas a los emergentes, pueden inhibir por discriminación el reconocimiento social de las mayorías sociales tradicionales y populares, restando sustento democrático.

Muchos miembros de la cultura emergente acceden a espacios mediocráticos en calidad de “operadores” políticos de las redes partidarias, buscando ascenso social. Al emplear preferentemente formas mercantiles, extinguen muchos compromisos cívico democráticos. Se esfuma la imagen idealizada de una cultura cívica única, existente en el imaginario colectivo. Los medios masivos también favorecen la confusión,

ligando la pertenencia mesocrática con la cultura cívica democrática. El equívoco oculta una dualidad preñada de diferenciaciones, deslealtades y contradicciones, que obstruye la sustentabilidad subjetiva democrática. Las dos sub-culturas se anulan mutuamente sin lograr arreglos. Casi todo el espectro político sufre estas mismas confrontaciones y divisiones. Derechas e izquierdas terminan neutralizando cambios internamente, obstruyendo la dinámica democrática. El nuevo estilo negociador dificulta nuevos pactos y compromisos integradores, impidiendo la conformación o reforzamiento de mayorías.

Como hemos adelantado, los medios de comunicación masiva multiplican las contradicciones, al desacreditar las formas tradicionales reivindicativas, llegando a mezclarlas con imágenes de violencia. Esto es aprovechado por algunos grupos minoritarios violentistas para “ganar pantalla”, incrementando la descalificación. La capacidad de multiplicación, agendización y enmarcamiento que poseen los medios masivos, va transformando los sucesos socio-políticos, proyectando una imagen negativa. En la práctica, estos medios sustituyen las redes orgánicas tradicionales y nexos entre la sociedad y la política, reduciendo los contenidos del debate según formatos espacio-temporales preestablecidos. Se empobrece la deliberación, especialmente en el caso de la televisión. La simplificación hace perder sentido subjetivo a los mensajes quitando validez a la articulación compleja y directa de sindicatos, entidades vecinales, estudiantiles y los partidos políticos mediante formatos mecanizados. Es carente de horizontalidad entre emisores y receptores, disminuyendo la confiabilidad. “Premia” a quienes emplean “la farándula” o el escándalo y “castiga” los argumentos con ideas más complejas y sensitivas. Puede incluso terminar transformando a muchos “comunicadores”, en verdadera “autoridad mediática”, sin que asuman la responsabilidad política democrática correspondiente. Este intercambio torcido es aprovechado por muchos para cubrirse de un halo democrático, mediocrático, gradual y moderado lo que antes era atributo asignado a la clase media completa y sus partidos políticos.

Otro factor que descalifica la participación política, es el auto-posicionamiento socio-económico de la “elite” como capa media. En muchos relatos e imágenes se proyecta “democráticamente”, situándose como parte de ellas⁸², ocultando sus ventajas de ingreso, educación y ocupación. Al hacerse manifiesta la contradicción, se compromete la credibilidad. Aun más, se la percibe encerrada en un bastión constituido por barreras, leyes orgánicas, electorales y prebendas cuya superación es casi impracticable. Los resguardos a la autonomía funcional de las

82 Cuarto focus

autoridades y sus “prerrogativas”, son percibidos como “abusivos” o antidemocráticos. Las diferencias de status se confunden fácilmente con corruptela cristalizando una imagen de una “casta política amurallada” con privilegios indebidos. Esta percepción desgasta aún más a la mayoría que a la minoría de la élite, sin discernirse fácilmente las conductas de unos y de los otros.

Este aislamiento elitario es funcional al desconocimiento del principio jurídico de la soberanía popular mayoritaria. El enclaustramiento del círculo permite a la minoría pasar a hegemonizar el poder, usando su capacidad institucionalizada de veto. Adquiere subrepticamente la condición de “autoridad de última instancia”, obstruyendo el “pase” hacia cambios fundamentales, poniendo, como barreras, quórum parlamentarios altísimos. El respaldo orgánico, originalmente mayoritario, se va anulando mediante manipulaciones normativas. Los muros institucionalizados mantienen un “empate paralizante”, encerrando a toda la “élite” política sin distinciones. Se impone la hegemonía ideológica neoliberal minoritaria en el vértice constitucional de la institucionalidad, fabricando una suerte de “co-gobierno”, aparentemente cómplice, que impide los cambios orientados por la mayoría en cumplimiento de la soberanía popular. La ya larga distorsión ideológica termina desgastando a la mayoría política respecto de la base social media tradicional, restándole además el respaldo articulado de los sectores populares. Después de veinte años, la antigua articulación cultural se agota y la fórmula de cambio institucional gradual intraparlamentario se percibe inalcanzable, cundiendo la desconfianza apática respecto al orden democrático.

La sustentación democrática del orden sólo parece posible a través de un nuevo pacto político-social electoral ampliado, capaz de recomponer las confianzas agregando nuevas. Debe romper las barreras procesales de la “alianza consociativa conservadora”. La inercia participativa ha mantenido “cautiva” a la mayoría política al quitarle potestades jurídicas y herramientas de poder para dirimir normativamente cuestiones centrales. Las carencias procesales desprestigian la actividad política-social. La obstrucción a los cambios institucionales fundamentales, practicada desde el interior del sistema⁸³, cumple una función de zapa, inutilizando como herramienta política la participación democrática. Esto le resta sustentabilidad subjetiva y representatividad al sistema democrático. Las decisiones de los mercados superan a las políticas. El equívoco acerca de la residencia del poder, termina neutralizando y desgastando la autoridad de la mayoría política original de los años noventa. Durante la actual

83 Balbontín, Ignacio Asuntos Públicos, <http://www.asuntospublicos.org/descargaPDF.php?id=informes483y471>.

crisis económica global, el clima de inseguridad y desconfianza social y política radicalizados, hacen ahora más visible el faccionamiento de los partidos, especialmente a los del centro. La apatía dominante no sólo inhibe los cambios sociales, sino que trae consigo la pérdida de integración, cohesión social y política. El nudo de la pasividad, al parecer, asienta en los privilegios ideológicos neoliberales institucionalizados, los que subiendo las barreras impuestas a la cultura política mediocrática cívica meritocrática, construyen la imagen de un orden inmodificable que antepone las señales de los mercados por sobre las decisiones políticas mayores.

El bloqueo institucional, el laberinto político y el predominio emergente

Al parecer, la racionalidad mercantilista se ha ido consolidando debido al enclaustramiento e inflexibilidad normativa. No se busca un acuerdo institucional compartido. Este escenario, democráticamente defectuoso, explica porqué en dos décadas la mayoría social y política ha sido incapaz de cambiar el eje jurídico neoliberal ¿De qué manera los muros institucionales se tornan inflexibles y procesalmente irremontables? La clave está en un “laberinto” normativo. La regla procedimental es reforzada por un pacto tácito trabado al interior de la “élite política”, destinado a que “todo cambie”, salvo las pautas básicas que garantizan la permanencia elitaria y la racionalidad neoliberal de fondo. Esto constituye un proceso asfixiante para la democracia.

Al retomar autoridad la mayoría mediocrática no pretendió hacer la revolución, sino sólo lograr democracia. La dura experiencia indicaba ese camino de gradualidad, pero se necesitaba agregar flexibilidad al respeto normativo. La mayoría se propuso compatibilizar mercados libres y abiertos al exterior, introduciendo democráticamente regulaciones que permitiesen al Estado lograr mayor equidad económica, social y política. A pesar de esto, la minoría ha bloqueado sistemáticamente ambos cambios, los formales y los de fondo, mediante recursos político-procesales en varios niveles. Básicamente, a través del binominalismo electoral y de una compleja trama de trabas decisorias, selladas en leyes orgánicas con altísimos quórum parlamentarios. Este “laberinto” está sellado en la actual Constitución Política, continúa a través de la institucionalidad orgánica, atraviesa la estructura de los partidos políticos y termina obstruyendo contraloramente la tarea articuladora de las organizaciones sociales.

Con todo, este entramado no habría logrado consolidarse sin la tolerancia de una parte de la heterogeneizada mayoría, la que asociada a la minoría, permite la “reproducción elitaria”. Esta asociación de intereses adultera la representación parlamentaria mayoritaria, sumándose a los mecanismos del quórum calificado, impidiendo los cambios. Como reacción, se produce la desorientación de los sectores populares y la diáspora mediocrática. La dualidad cívico – cultural origina la pasividad, pero a la vez da pie al bloqueo institucional, consolidando al neoliberalismo mediante mecanismos de autoreproducción de la élite amurallada. Visto desde la base social, la autoridad, especialmente la parlamentaria, aparece resguardando sus propios intereses y nichos de poder sin hacerse cargo de los conflictos sociales. Así, la responsabilidad política se revierte contra la mayoría, desgastándola en la mantención del orden institucional y “la gobernabilidad”. Esta consociatividad tácita tiende a reducir el respaldo representativo poseído por la mayoría. El “laberinto” incentiva a la minoría y desalienta a la mayoría. El mercantilismo queda resguardado constitucionalmente, “justificado” institucionalmente y amurallado frente a la sociedad. Su defensa, por largo tiempo parapetada tras la inflexibilidad elitaria, desarticula la relación entre las organizaciones sociales populares y los partidos políticos mayoritarios. Desvanece la participación, imponiendo la voluntad de la minoría conservadora.

La perdurabilidad democrática requiere del impulso de la subjetividad sustentadora, no sólo de la gobernabilidad. Necesita confianzas, renovación y rejuvenecimiento de la voluntad política del pueblo soberano. Esto ha sido imposible, dada la separación subjetiva entre sociedad y política. El actual sistema carece de mecanismos de control democrático eficientes impidiendo a la mayoría reeditarse. No hay lugar para instituciones referidas al pueblo soberano, la asamblea constituyente, la revocación del mandato parlamentario, la disolución de las Cámaras por diferendo entre los poderes, la iniciativa popular de ley o la censura popular a las autoridades. Tampoco hay límite a la reelección de parlamentarios. Los mecanismos jurídicos carecen de instrumentos que favorezcan la flexibilidad participativa, impidiendo reconvertir la mayoría democrática mediante nuevos acuerdos. La minoría impide el cambio e inhibe la representatividad proporcional dando la imagen de complicidad discriminatoria para mantener el poder político. La base social percibe el timo sin responsabilizar a la minoría, sino probablemente castigando a la mayoría.

Las barreras procesales reconvierten la normativa, fortaleciendo los contenidos neoliberales sin fijar responsabilidades políticas. Las enmiendas constitucionales sólo han sido parciales e insuficientes. Varias han

solidificado el entramado neo-conservador, incrementando la autonomía y juicio anticipado de los órganos contralores administrativos, financieros o constitucionales, sin que se pueda ejercer sobre ellos responsabilidad democrática. El engranaje ha ido bloqueando progresivamente a la soberanía popular, haciendo posibles sólo cambios administrativos. Así se han reordenado las relaciones entre el Estado, la sociedad civil y los mercados, favoreciendo a estos últimos. El arreglo institucional vigente fortalece las barreras clave insertas en la Constitución Política de 1980, pactadas originalmente en negociaciones impropias bajo un clima inicial de temor. Ese diseño consultivo no garantizó la plena libertad de conciencia y sus numerosos “arreglos iniciales”, fueron sigilosamente implementados en bloque, sin suficiente deliberación, usando un plebiscito ratificatorio. Dicho escenario padeció serios vicios de consentimiento, alterado por la amenaza pendiente sobre la vida de muchos y la desprolijidad de su aplicación. La prolongación de esa institucionalidad por veinte años, produce apatía, ahondando el clima de desconfianza en la institucionalidad política. Crece una sorda irritación cuando la minoría malversa la representación parlamentaria, sin mediar proceso electoral alguno, haciendo primar la voluntad minoritaria, mediante “movidas” parlamentarias y juegos mediáticos. Este “laberinto” procesal ha permitido que los sectores neoliberales mantengan casi incólumes las reglas fundamentales del sistema político⁸⁴ y económico. A su vez, la dualidad y el tortuoso camino institucional, generan tensiones y conflictos sociales de difícil solución⁸⁵. La dirigencia social, al percibir las barreras, incompatibilidades, posibles inhabilidades parlamentarias y procedimientos políticos engañosos resta su apoyo a la mayoría. Se incrementa el ambiente apático y suspicaz, favoreciendo un posible “voto de castigo” en condiciones de crisis económica. Aquello puede ser la antesala de variados populismos si seguimos la experiencia Latinoamericana.

El análisis del período dictatorial señala que el Estado Neoliberal Subsidiario impuesto a partir de los años 80, produjo una ruptura cultural o “revolución” autoritaria” (Moulian, 1997). Al parecer, aquello impactó especialmente al interior de las capas medias dualizando su cultura en dos vertientes contradictorias, generando una crisis retardada. Se suma

84 Ver serie de Encuestas CEP desde 1987 y Encuestas Adimark, GFK, y CERC, desde 1990, acerca de opiniones sobre la política, los partidos políticos y el Parlamento

85 Art 19, N° 15 ,19 y Art 23 de la Constitución Política de la República de Chile incompatibilizan la función parlamentaria con aquella de dirigente social, su desconocimiento puede inhabilitar al parlamentario que participe en conflictos o expresiones sociales orgánicas.

a esto, el que la racionalidad mercantil ha invadido la manera de hacer política en todos los partidos. Ha trocado sus estilos de intercambio social, haciendo desaparecer la antigua influencia social y política de formato cívico meritocrático. Ha mutado los estilos políticos y las orgánicas partidarias, haciendo predominar la racionalidad mercantil en las estructuras, las relaciones internas y los nexos sociales. Las prohibiciones e inhibiciones legales, estipuladas legalmente, obstaculizan la sintonía entre las capas medias tradicionales y los sectores populares. También obstruyen a las organizaciones sociales y su articulación con los partidos políticos. Esto era lo que nutría a los partidos de demandas sociales, transformándolas en plataformas ideológico-programáticas. Al dejar de cumplirse esa función articuladora de intercambio entre lo social y lo político, los actores anexantes han perdido convocatoria social, legitimidad y representatividad. Han quedado en “horfandad política” para resolver conflictos y articular los intereses internos con los sociales dentro de marcos ideológicos o doctrinarios. Al interior de los partidos pasan a primar los intereses individuales facciosos, imponiéndose las formas emergentes entre militantes, dirigentes y liderazgos, rompiendo “el espíritu unificador” y estimulando la diáspora.

La articulación partidaria interna, que antes servía como mecanismo de integración, además contribuía a discernir posiciones o líneas de pensamiento compartidas. Generaba orientaciones políticas, iniciativas o mociones, que luego se transformaban en plataformas programáticas y proyectos de ley. Al desaparecer dicha función, los órganos directivos oficiales pierden autoridad y capacidad de conducción sobre su propia membresía y, a la vez, influjo social. Al trastocarse su funcionamiento se debilita su fuerza, perdiendo peso sus lineamientos. Pierden poder las orientaciones dirigidas hacia sus representantes en los órganos del Estado o en las redes sociales. Los partidos dejan de servir de nexo intercomunicador o forma de representación de los intereses gremiales, profesionales, sindicales, estudiantiles, en fin, populares. Al cambiar la modalidad del trabajo político y el sentido de los intercambios se desquicia su funcionamiento interno. Las negociaciones se tornan comerciales, distorsionando la preparación y la selección de liderazgos representativos. Dejan de considerarse los criterios éticos, filosóficos, doctrinarios o ideológicos, pasando a predominar los materiales y las ambiciones particulares. Entonces la asociatividad interna muta hacia el fraccionamiento.

El mercantilismo pasa a camppear en las disputas electorales mediante nuevas formas operativas o de movilización política, reemplazando la antigua articulación. Se extinguen las modalidades participativas para la captación

de adherentes, intercambiando plataformas políticas, sustituyéndose por maniobras publicitarias. Los contactos se sujetan al formato comercial y a la externalización de servicios. Pierde sentido “la entrega a una causa común” surgiendo conductas turbias, especialmente en épocas electorales. Brotan verdaderas “empresas electorales” para hacer “campañas casa a casa”, “vía pública” y de publicidad mediática o digitalizada. La pedagogía política pasa a ser pagada propagandísticamente, tornándose en adiestramiento. La movilización se comercializa en arriendos de muros domiciliarios para avisos, la instalación de grandes gigantografías en diversas ubicaciones, las inserciones en diarios y revistas, los avisos radiales y los espacios televisivos. En fin, se transforma en emprendimiento publicitario remunerado. La actividad política-electoral se hace gerencial o administrativa, pasando a depender progresivamente del financiamiento particular, concentrándose por sus altos costos. La política se encarece, no quedando al alcance de patrimonios modestos, privatizándose y haciéndose discriminatoria. Pierde sentido de sensibilidad o responsabilidad cívica legitimadora y democrática, incrementándose el riesgo de la corrupción e influencias ilícitas. Estas nuevas modalidades parecen ser responsables de la llamada “pérdida de calidad de la política”.

El estilo emergente produce el reemplazo del debate, la deliberación o el discernimiento, sustituyendo el intercambio político de ideas y propuestas, por las negociaciones mercantiles. Las subjetividades cívicas por las “imágenes mediáticas” o el “rating”. Predomina “la farandulización de la política”, reduciéndola a la competencia publicitaria y al cotejo de encuestas donde se sopesan los “golpes de efecto”, “cuñas” y la “popularidad mediática de liderazgos individuales” cual “productos políticos” mercantiles. Este formato político-mercantil lleva a la ciudadanía a la condición de opinión pública pasiva, distanciándola progresivamente del escenario político y de la sociedad organizada, perdiendo sensibilidad, sentido del bien común o del interés general. Hay crecientes manipulaciones y “movidas” según perspectivas individualistas de poder que producen desgaste apático.

Las estructuras partidarias adquieren formas gerenciales de dirección, en reemplazo de los liderazgos carismáticos. Se imponen las capacidades burocráticas administrativas verticalizadas, armándose verdaderas “máquinarias” políticas. Pequeñas oligarquías que sustituyen al esfuerzo organizado del colectivo partidario, tras una causa común. Se impone el estilo del liderazgo individualista con ánimo de derrotar al “enemigo” interno, mediante discriminaciones, armando circuitos cerrados facciosos. Este formato puede ser corrosivo para la sustentabilidad del estado democrático, afectando la representatividad partidaria cívica

integradora. La filtración de la cultura emergente hacia lo político y hacia las redes sociales, ha hecho perder espacio al sentido político gregario, la responsabilización meritocrática y al civismo ciudadano. Gana espacio lo meramente promocional y circunstancial, perdiendo sentido la sustentabilidad estratégica democrática. El ordenamiento mercantil invierte las jerarquías, imponiendo sus criterios sobre los objetivos políticos (Bunge, 1999). La pérdida de la confianza social respecto de lo político se hace notar en todas las encuestas del último tiempo y también en los focus referidos⁸⁶.

La dualidad, la apatía y la solvencia democrática

La dualidad de la cultura política en las capas medias disminuye la función articuladora entre lo social y lo político. El piso del medio de la estructura social deja de ser un espacio de intercambio cívico, favorable al funcionamiento del sistema democrático. Los sectores tradicional y emergente tienen lenguajes diferentes, que se neutralizan mutuamente. Impiden el intercambio “osmótico” entre lo social y lo político, produciendo un clima apático, que debilita la conciencia democrática y le resta sustentabilidad al sistema, por carencia de señales nutrientes de identificación y de participación. Las demandas y el respaldo de las políticas sociales pierden fuerza, debilitando a la mayoría política por carecer de articulación solvente y representatividad legitimada. El sistema político-institucional cobra dificultades para la decodificación de las señales integradoras subjetivas provenientes desde lo social. Las organizaciones sociales y partidos se dividen, dispersan, pierden fuerza y la cohesión social se deteriora.

El predominio ideológico neoliberal, impuesto institucionalmente, produce una “erupción telúrica” en el sistema democrático a través de una grieta apática entre la actividad política y la sociedad. La “élite política” queda cercada mediante grandes barreras ideológicas y procedimientos institucionales, separándose progresivamente del resto de la sociedad. Crece la desconfianza, cortando las comunicaciones y quitando fuerzas a las simbologías subjetivas de intercambio. La heterogeneización y la dispersión social incrementan los desencuentros, restándole sustentabilidad representativa al sistema y haciendo prevalecer las señales de los mercados sobre las políticas.

La antigua cultura cívica tradicional ve rotos sus conductos orgánico-participativos, debido al bloqueo que le impone la institucionalidad, sin

86 Primer al Octavo focus en comunas de Santiago y Regiones.

que surjan canales y redes sustitutivas para los nuevos grupos sociales y sus señales. Prevalecen la discriminación social y la pasividad, debido a la frustración de unos y la indiferencia de otros, que escogen los mercados retirándose de los espacios disponibles, incrementando el vacío o brecha entre lo social y lo político. Predominan los criterios mercantiles.

Se produce un incremento notable de los grupos emergentes adscritos al piso del medio de la estructura social, aumentando la heterogeneización y dispersión. Ellos escogen simbólicamente los mercados de consumo, sustituyendo los canales sociales o políticos con expectativas económicas crecientes, sin asumir responsabilidades políticas. Desechan los cauces políticos abiertos a la ciudadanía, optando por la marginación y los caminos alternativos. En Chile, parecen surgir retardadamente señales negativas para la sustentabilidad democrática, agudizadas por la crisis económica, si se tienen presente experiencias populistas bajo circunstancias semejantes.

El entramamiento de los canales participativos está impidiendo la articulación de las demandas sociales, desde lo social hacia lo político, favoreciendo la existencia de una “clase política aislada”, sin controles responsabilizadores. Lo expuesto, conduce al sistema político democrático a perder sustentabilidad social y política, por carencia de confianza social y encierro anulador. Nuestra democracia parece tener más riesgo de representatividad y “sustentabilidad” que de “governabilidad”.

Referencias

- Balbontín, Ignacio, (2007), Asuntos Públicos, http://www.asuntospublicos.org/descargaPDF.php?id_informes_483_y_471.
- Blest Gana, Alberto (1946) *Martín Rivas*. 2ª Edición. Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag.
- Boeninger, Edgardo (2007) *Políticas Públicas en Democracia, Institucionalidad y experiencia chilena 1990-2006*. CIEPLAN. Santiago de Chile: Uqbar editores.
- Bourdieu, Pierre (1998) *Capital Cultural, escuela y espacio social*, 2ª Edición. México, D.F.: Siglo XXI editores.
- Bunge, Mario (1999) *Las Ciencias Sociales en discusión. Una perspectiva filosófica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Castells, Manuel (2005) *Globalización, desarrollo y democracia. Chile en el contexto mundial*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Caputo, Dante, et al (2004) *La Democracia en América Latina*. Buenos Aires: PNUD.

- Constitución Política de la República de Chile (2006) Undécima Edición. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile.
- Contardo, Oscar (2008) *Siútico, Arribismo, abajismo y vida social en Chile*. Santiago de Chile: Vergara.
- Diccionario de la Lengua Española (1997) Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, 1997.
- Fuentes, Claudio (2005) “Democracia y Desarrollo en América Latina”, conferencia. Santiago de Chile: FLACSO.
- Hopenhayn, Martín (2007) “Cohesión Social: entre inclusión social y sentido de pertenencia” en *Género y Cohesión Social*, Barcelona: Fundación Carolina CeALCI, COFI.
- Huneeus, Carlos. (2000) *El Régimen de Pinochet*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Irrarrázaval, Ignacio y Salamon, Lester et al (2005) *Estudio Comparativo del Sector Sin Fines de Lucro*. Santiago de Chile: PUC.
- LAPOP, Latin America Public Opinion Project, Universidad de Vanderbilt y Pontificia Universidad Católica de Chile, (2008). Santiago de Chile.
- Lechner, Norbert (2006) *Obras Escogidas, I y II*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Torche, Florencia y Wormald, Guillermo (2004) *Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Muñoz Gomá, Oscar (1995) *Los inesperados caminos de la modernización económica*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago e Instituto de Estudios Avanzados.
- Moulian, Tomás (1997) *Chile Actual: Anatomía de un Mito*. Santiago de Chile: LOM-Arcis.
- Tedesco, Laura (2007) “Latin American State, Failed or Evolving”, Documento de Trabajo N° 37, Madrid: Fride.
- Valdivieso, Patricio, et al. (2007) *Instrumentos de participación para el nivel comunal en políticas públicas, diagnóstico y propuestas*. Santiago de Chile: Vicerrectoría, PUC.

RECIBIDO: 23.09.2009 • ACEPTADO: 13.10.2009

Ignacio Balbontín Arteaga: Sociólogo, División de Estudios, Ministerio Secretaría General de la Presidencia de la República.
Correo electrónico: ibalbontin@minsepres.cl